



*Abriendo Brecha.*  
Comentarios al Libro  
de Aurelio de los Reyes,  
*Los Caminos de la Plata.*

## Luciano Ramírez Hurtado

*Profesor Investigador  
Universidad Autónoma de Aguascalientes*

Cuando Aurelio de los Reyes escribió y publicó por primera vez el libro *Los caminos de la plata*, hace ya poco más de dos décadas,<sup>1</sup> los trabajos sobre el tema de caminería en México eran escasos.

Este trabajo de investigación cobra mayor importancia por su carácter pionero y por abrir brecha en una nueva línea de generación del conocimiento, pues cuando lo escribió todavía no se publicaba *La frontera norte de la Nueva España*, de Peter Gerhard (publicado hasta 1996 por la Universidad Nacional Autónoma de México). Tampoco Peter Gerhard conoció *Los caminos de la plata*, de nuestro autor. Sin duda, a ambos investigadores les hubiera sido de utilidad conocer la obra del otro y sacarle provecho.

En 1996 se celebraría en la ciudad de Morelia, Michoacán, el primer Congreso Internacional de Caminería Hispánica, evento al que se dieron cita varios académicos y que arrojó como fruto la aparición, en el año 2000, de *Nueve ensayos de caminería*, compilados por Orépani García Ro-

<sup>1</sup> Esa primera edición, publicada en 1991 bajo los auspicios del gobierno del estado de Zacatecas, el Patronato de Minería Cinco Siglos en México y la Universidad Iberoamericana.

dríguez, libro publicado bajo los auspicios de la Escuela de Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Aurelio “abrió brecha” al hacer la investigación sobre *Los Caminos de la Plata* en el trayecto que va de Zacatecas a la ciudad de México, en el siglo XVI, siglo de conquista, poblamiento y evangelización tanto en territorios de las llamadas culturas prehispánicas mesoamericanas como en dominios de los indómitos y temibles indios chichimecas, en Aridoamérica, destacando por su importancia y belicosidad los pames, guamares, zacatecos, cazcanes y guachichiles.

Fue interés primordial de Aurelio retomar las inquietudes e hilos que dejó sueltos el historiador norteamericano Phillip Wayne Powell, o más precisamente, ilustrar sus minuciosos hallazgos en relación a los caminos, agregando el tema de las construcciones de la segunda mitad del siglo XVI.

Aurelio redescubre, el llamado “camino corto” en la ruta de la plata que va de México a Zacatecas, específicamente en el tramo de cerca de 400 kilómetros que parte de Querétaro pasando por San Miguel (hoy de Allende), San Felipe (hoy Torres Mochas), Portezuelo (hoy Ocampo), Ojuelos, Las Bocas, Ciénega Grande, Cuicillo y Palmillas; también localizó sus dos ramales (por Buenavista y por Jofre), exponiendo los motivos de su apertura.

Nos narra que el camino de la plata fue trazado y construido en el siglo XVI, hacia 1550 y años subsiguientes; nuestro autor considera que es un alarde de ingeniería de dicho

siglo, que –nos dice en la página 42– “refleja planificación y conocimiento del terreno, de las necesidades de los transportes y del tipo de mercancía que transitaría... El trazo supone trabajo intelectual capacitado, estudio y observación...” que evitó atravesar lomas o cerros por su parte más elevada, con el fin de no dificultar el trabajo de las bestias que tiraban carretas con capacidad de hasta dos toneladas de carga.

Poniendo imágenes en nuestra mente y reflexionando como un ingeniero civil mezclado con historiador, nos dice Aurelio de los Reyes en las páginas 42 y 44:

*“La ejecución de la obra supone movilización de una gran cantidad de personal: capataces, operarios. Unos midiendo, otros dirigiendo, aquéllos ejecutando. Había que desmontar, terraplenar; empedrar; supone un campamento de no pequeñas proporciones para alojar al conjunto humano; cocinas, abasto de agua y alimentos, vida cotidiana; supone vida en común; contratos, liquidaciones, esclavitud, acarreo de materiales, trabajo libre o forzado, etcétera.”*

En el trazo de los caminos, apunta Aurelio, se tomó muy en cuenta los anegamientos, así como los aprovisionamientos de fuentes de agua permanentes para los viajeros. Su agudeza y capacidad de historiador se pone de manifiesto cuando, en la página 54, nos habla de la razón de ser de la construcción de los dos ramales del camino:

*“El prurito de la vía corta por evitar los llanos que en tiempos de aguas se convierten en pantanos, refuerza nuestra idea de que la vía corta es una obra de ingeniería proyectada con cuidado. Los tramos del camino entre Santa Rosa Jáuregui y Puerto de Aguirre, o entre San Luis de la Paz y San Diego de*

*la Unión, buscan terreno sólido, particularmente las faldas de las lomas o de macizos montañosos coronados por acantilados abruptos, a pesar del rodeo que implica evitar tales llanuras. Esta característica hace suponer también que hubo dos rutas, no sé si desde el principio, una para las aguas, otra para los tiempos de secas. La ruta de las aguas faldea los cerros. La de secas atraviesa los llanos. Tal ocurre con la planicie antes de San Felipe, y el plan entre San Luis de la Paz y Hacienda de Jesús, a mitad del camino a San Diego de la Unión.”*

El autor asumió el reto -y salió triunfal-, de sacar del olvido la ruta corta de San Miguel a Zacatecas y traerla de nueva cuenta a la memoria histórica. Y es que el trazo de vías ferroviarias distantes de esta ruta, desplazó a los arrieros y carreteros, dejándolas al margen del progreso e intercomunicación con los grandes mercados mundiales desde finales del siglo XIX.

Para la elaboración de su investigación y dimensionar su objeto de estudio, Aurelio de los Reyes echó mano de los valiosos documentos que Philip Powell dejó en el Archivo Histórico del estado de San Luis Potosí, luego de escribir sus ya clásicos textos *Soldiers, Indians and Silver* y *La guerra chichimeca, 1550-1600*. También recurrió a varios trabajos de Primo Feliciano Velázquez y a una serie de crónicas (Gonzalo de las Casas, Nuño Guzmán, Fray Antonio Tello, Matías de la Mota Padilla, Fray Juan de Torquemada, etc.), así como bibliografía especializada de historia sobre el período (Wigberto Jiménez Moreno, Federico Sescosse, Peter Backewell). Le fue de utilidad, para la reconstrucción del espacio geográfico, el mapa de San Miguel y cartas geográficas de Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (INEGI).

Pero sobre todo nuestro autor, con el talento e intuición que lo distingue, además de sus vastos y eruditos conocimientos que le permitieron hacer deducciones lógicas e inferencias, se valió sobre todo de sus ojos, como lo haría Herodoto en la Antigüedad para escribir sus *Nueve libros de la historia*, al observar con mirada escrutadora e inteligente los vestigios materiales (caminos de herradura, caminos empedrados, puentes, tanques de agua, canales de desagüe y otras construcciones e infraestructura para el viajero) que encontró a su paso y que aún subsisten; también platicó con la gente, con los lugareños de algunas poblaciones y cerciorarse si conocían o habían escuchado hablar de tal o cual lugar.

Aurelio, quien conoce bastante bien la zona en cuestión, recorrió personalmente el territorio en múltiples ocasiones con su cámara fotográfica a cuestas, tomó abundantes imágenes y algunos apuntes, los contrastó con otras fuentes para corroborar o corregir sus hipótesis e hizo, literalmente, “trabajo de campo”, transitando los tramos más largos en su vehículo automotor (en su “burro blanco”, una camioneta combi o bien en autobús) y algunas partes practicó caminatas a pié y, según se desprende del ángulo de varias de las fotografías que él tomó, también se subió a lomeríos y empinados cerros. Anota Aurelio en la página 54:

*“Los arrieros, los jinetes solitarios o los grupos de dos o tres viajeros, cuando la seguridad de los caminos lo permitía, no necesariamente debía seguir el camino carretero, cortaban por los atajos o caminos de herradura. De éstos localicé dos: uno de San Miguel a Querétaro, por Jalpan, La Purísima y Mompani a través de una serranía con bajadas*

*abruptas que dificultaban el tránsito de carretas, evitaba un rodeo por Buenavista, Puerto de Aguirre y Santa Rosa Jáuregui; en lugar de tres días se llegaba en dos a San Miguel, o en uno sólo, si era jinete con urgencia. El otro iba de Buenavista a Santa Rosa Jáuregui para evitar el rodeo por Puerto de Aguirre y Montenegro.”*

Ya el historiador michoacano y padre de la microhistoria en México dijo en su célebre *Pueblo en vilo. San José de Gracia* y en *Nueva invitación a la microhistoria* que “el historiador debe ser pedestre y es conveniente tener piernas fuertes”. Es el caso, precisamente, de Aurelio de los Reyes, trabajador infatigable y compulsivo en los caminos de la historia, desde siempre.

En el prólogo expone los motivos que lo orillaron a escribir su libro, sin embargo omite una razón muy importante: la querencia. Y es que una buena parte de la que nos habla, es precisamente territorio muy entrañable para Aurelio, pues se trata de la tierra donde están sus orígenes y los de su familia, desde Santiago de Querétaro, pasando por Ojuelos, hoy Jalisco, y un buen número de haciendas localizadas en los actuales territorios de Zacatecas y Aguascalientes. Esto último lo deduzco, luego de haber leído otro de sus libros ¿No queda huella ni memoria? (*Iconografía de una familia*), publicado por el Instituto de Investigaciones Estéticas en el 2002, así como de una charla reciente con él.

A no dudarlo, la deuda más grande de Aurelio es con Philip W. Powell, pues abreva de sus trabajos, apuntes y documentos. De hecho, a él le dedica su obra por la minuciosidad de sus estudios sobre los chichimecas.

*Los caminos de la plata* es un libro muy agradable a la vista y que se lee con fluidez, pues está escrito en un lenguaje directo y accesible, sin rebuscamientos teóricos y metodológicos que fastidien al lector. Es una investigación que hace un aporte importante a la historiografía sobre temas de caminería, geografía histórica, fundación de poblados, patrimonio arquitectónico (puestos, presidios y casas-fuertes, ventas) y, en cierta forma, a la cultura material del siglo de la conquista, en territorio de la llamada Gran Chichimeca, tomada a “sangre y fuego” por las armas españolas.

Esta obra de Aurelio de los Reyes está dividida en tres grandes partes. La primera es una Introducción, en la que el autor nos plantea el problema, describe brevemente el tema, resume las etapas de la investigación, nos habla de sus motivaciones personales y profesionales para escribir el libro, así como de sus preocupaciones por detener el deterioro y destrucción del patrimonio histórico-artístico-arquitectónico de tipo defensivo (puestos, presidios, casas-fuerte y cascos de haciendas; éstas últimas, advierte Aurelio con cierto pesar, han sufrido saqueos, abandono, mutilaciones y alteraciones aberrantes en su fisonomía) localizados en la zona en cuestión. Menciona expresamente que buscó ser el complemento e ilustración al trabajo minucioso y acucioso de Powell, pero lo cierto es que también lo corrige al reconstruir los distintos caminos que hubo para transportar la plata y mercaderías, tanto en la vía corta—cruzando, con gran peligro, territorio chichimeca— como en la vía larga. Su punto de

partida, nos dice en la página 16, es cuando inició

*los viajes para buscar los caminos de la plata después de leer la obra de Powell. Llamó mi atención —anota Aurelio— que no hubiera oído hablar de algunos sitios mencionados por dicho historiador; Bocas y Portezuelo, a pesar de conocer bien la región; también llamó mi atención que otros sitios aún conservaran el mismo nombre del siglo XVI: Puerto de Nieto, San Miguel, San Felipe y Ojuelos.*

La segunda parte, la dedica a Las Rutas, es la parte más larga y desarrollada, pues ahí está el *leit motiv* o asunto principal; considero que los hallazgos y aportaciones más importantes se encuentran aquí, pues dialoga con los textos de Powell, amplía la discusión y matiza aseveraciones del gran historiador norteamericano, a quien admira y le rinde homenaje; dedica un buen número de páginas a analizar el mapa de San Miguel, documento pictográfico realizado por un tlacuilo en 1580, localizado en la Biblioteca Nacional de Madrid y reproducido en trabajos de varios autores, indispensable para la reconstrucción del camino. Aurelio revela el desconocimiento, fallas, errores, equivocaciones y omisiones del tlacuilo, decodifica los convencionalismos empleados en el mapa, los reinterpreta, complementa y corrige la información vertida y corrobora sus propias hipótesis transitando él mismo los caminos y cotejando con otras cartas geográficas coloniales y modernas, pues considera en términos bastante lógicos, distancias entre lugares y mide tiempos de traslado entre estancias, ventas y villas de la zona.

La tercera y última parte la dedica a Las Construcciones, esto es, a los Puestos, Presidios, Casa-fuertes, Ventas y estaciones luego convertidas en cascos de haciendas señoriales, cuyos rasgos defensivos tipo fortaleza militar por la inseguridad ante los frecuentes ataques chichimecas lucen, luego de más de cuatro siglos, enigmáticas e imponentes como “arquitectura del temor”, a pesar de la tosquedad y estado ruinoso de dichas edificaciones. Torreones, garitones, pasos de ronda, aspilleras y otras construcciones caprichosas utilitarias, edificadas en zonas elevadas desde cuya cima se domina un amplio radio visual, llamaron poderosamente la atención de Aurelio desde su adolescencia y las fotografió cuando el proceso de investigación, para luego analizarlas y de acuerdo a sus peculiaridades darles un sentido explicativo y proponer una nueva tipificación.

Nos dice Aurelio, al final de su libro, en la página 145:

*“Los sitios mencionados no eran los únicos en la ruta de los caminos de la plata: sus nombres y secuencia han sido ya codificados en la parte referente a los caminos. Puesto que formaban parte del sistema para alojar a los pasajeros en tránsito, transportistas de plata, de azogue, mercaderes de utensilios necesarios para la explotación de las minas, de funcionarios, de aventureros, de buscadores de trabajo, de tamemes, de arrieros, etcétera, a quienes podríamos clasificar en dos grupos: los que utilizaban carretas y los que empleaban sólo bestias para movilizarse. Los primeros viajaban en grupos, sobretodo en el siglo XVI, los otros igualmente pero de menores dimensiones, lo que facilitaba su movilidad.”*

En ningún momento pretendió hacer monografías de las poblaciones como San Miguel, San Felipe, Ojuelos y demás, sino que habla de ellas en relación a los caminos de la plata y muestra sus construcciones, aspectos desconocidos y restos de su rostro del siglo XVI.

Contiene 145 fotografías –lucen de mejor calidad, por su nitidez y claridad las de la primera edición tomadas por el autor –esa es una faceta que algún día alguien tiene que estudiar de Aurelio, con sus indispensables pies de imagen que aclaran hechos y acontecimientos, así como varios mapas explicativos y algunas figuras y detalles tomados del ya citado mapa de San Miguel, mismos que son analizados con acuciosidad y el ojo entrenado del historiador del arte.

Las imágenes no son meras ilustraciones que acompañan al texto, son documentos que soportan la investigación. Son, además, un deleite, pues además de su calidad estética indiscutible le permite al lector descansar la vista y regocijarse con paisajes, fincas, caminos, puentes y espejos de agua, en un viaje fascinante que lo acompaña al pasado plagado de peligros por los ataques relámpago de los chichimecas, que nos transporta a esos diminutos núcleos humanos esparcidos en la inmensidad, en un ambiente sobrio y austero de la cultura material y la vida cotidiana de los habitantes de aquel entonces.

Esta obra ha sido punta de lanza para quienes luego incursionaron en estudios relativos a reconstruir los caminos reales de

Tierra Adentro, considerando la arqueología y la geografía histórica. Dejó abiertas líneas de investigación para nuevos estudios, cuando dice en la página 29: “No es una obra definitiva, es apenas la apertura a un tema apasionante”. Considera, además, que su libro es hijo del trabajo de Powell, principalmente, aunque también de Primo Feliciano Velázquez, quienes “desglosaron el camino” y brindaron “al investigador documentación original”. Espera también que este libro dé nuevos retoños o nietos “porque la riqueza y variedad de información sobre la vida novohispana del siglo XV... es infinita. [y] espera –apunta con sinceridad y humildad- al investigador” para que incursione en estos tópicos con nuevas perspectivas y enfoques.

El tema no está agotado y abre posibilidades para quienes pretenden entender la minería argentífera, que tenía su eje en la ciudad de Zacatecas, que vertebraba económicamente a buena parte del vasto Norte y lo comunicaba con la capital del virreinato en la ciudad de México.

A partir de este estudio pueden surgir nuevos estudios que posibiliten comprender, por ejemplo, el funcionamiento interno de pueblos, villas y ciudades, de los procesos de apropiación de los recursos que se daban en ellas, de sus transformaciones urbanas y de las tensiones que todo ello generaba a lo largo del período colonial.

La villa de Aguascalientes y su región de influencia, por ejemplo, abastecían de muchos bienes la economía minera, pero hace

falta explicar su funcionamiento interno en cuanto al perfil socio-demográfico y político se refiere. Y lo mismo se puede hacer con los otros poblados y fundaciones de las que nos habla Aurelio de los Reyes en *Los caminos de la plata*, y la manera en cómo se vincularon con las economías regionales hacia el norte y hacia el sur del país en el período colonial.

Me hubiera gustado que el libro tuviese, a manera de apéndice, un listado de nombres y de lugares mencionados, con las páginas en que se encuentran a lo largo del texto, para así localizarlos prontamente. De igual manera, una relación de las fuentes consultadas, separadas en bibliográficas, hemerográficas y documentales, serían de mayor utilidad para el lector.

Quiero terminar con una felicitación al autor por escribir esta importante obra, casi pionera en estos tópicos y por dar las facilidades necesarias para que ahora, en su segunda edición, el Ayuntamiento de Aguascalientes la publicase nuevamente, con el apoyo del Seminario de Cultura Mexicana correspondiente a Aguascalientes y el Instituto Municipal Aguascalentense para la Cultura.